

LOS MOLINOS DE VIENTO DE TU MENTE

Jorge Bruce

I
En mayo de 1883, Freud dejó la casa de sus padres, en Viena, y se fue a vivir a la clínica psiquiátrica de Theodor Meynert. Gracias a la publicación de la correspondencia con su novia, Martha Bernays, hoy sabemos que, entre mayo y septiembre de ese año, Freud comienza a interesarse cada vez más en la neurología, paso que sería decisivo para que emprenda los estudios sobre la histeria e invente el psicoanálisis, en la década siguiente de fines del siglo XIX. De acuerdo con su biógrafo Ernest Jones, el joven Sigmund se encontraba estudiando la psicosis alucinatoria aguda, cuando “obtuvo la vívida impresión de la satisfacción alucinatoria de deseos, que más tarde aplicaría extensamente en sus investigaciones del inconsciente”.

En un ensayo titulado *Cervantes as a Cultural Ancestor of Freud*, León Grinberg y Juan Francisco Rodríguez observan que el interés que comienza a despertarse en Freud por el fenómeno alucinatorio podría ser lo que lo llevó a la lectura de *Las tentaciones de San Antonio*, de Flaubert. También a partir de las cartas a Martha, sabemos que Freud se encontraba leyendo a Flaubert, durante un viaje con Breuer, su colega y mentor. Los citados autores señalan luego que, una vez iniciado el interés por las alucinaciones, no es pues de extrañar que Freud se haya sentido fascinado por la lectura del *Quijote*, dada la naturaleza de los desvaríos y fantaseos del ingenioso hidalgo. De hecho, le hace comentarios admirados a su novia acerca del libro, en varias cartas de la época, entre agosto y septiembre de 1883. También menciona un caso emblemático del psicoanálisis, el de Anna O. De modo que en las preocupaciones de Freud se entremezclan la realización alucinatoria de deseos con las alucinaciones de San Antonio, el caso emblemático de Anna O, cuyas manifestaciones de un embarazo y parto histéricos fueron consideradas igualmente alucinatorias, y el mundo delirante del *Quijote*.

Fue así que Freud emprende, solo, el aprendizaje del castellano. A la sazón era un médico joven y carente

El 7 de mayo de 1923, con ocasión de la primera publicación de sus Obras completas traducidas al español, Sigmund Freud le envió esta conocida carta al traductor, Luis López-Ballesteros y de Torres: “Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal Don Quijote en el original cervantino, me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana”. Esto último había ocurrido, en efecto, en el verano de 1883. Durante mucho tiempo fue un misterio, para la propia familia de Freud, en qué momento este había aprendido el castellano, algo que por entonces debe haber parecido tan exótico como... quijotesco.

de recursos, lo cual le otorga un carácter singular a esa empresa, que llevó a cabo en silencio y en secreto. Lo único que le comunica a Martha es lo extravagante del tiempo dedicado a la lectura del texto cervantino, a desmedro de la anatomía del cerebro. Ya desde entonces se puede apreciar la opción freudiana. Entre el estudio de las localizaciones y mecanismos cerebrales de la neurología, por un lado, y los enigmas del funcionamiento mental, Freud opta resueltamente por este segundo lado. Pese a sus sentimientos de culpa por dedicarle tanto tiempo a la lectura de un clásico literario, en vez de consagrarse de lleno al estudio de la medicina, algo más poderoso y oscuro lo arrastra por las sendas de la manchega llanura.

También, pese a las advertencias de su Sancho interno, que le refriega el materialismo médico tradicional, Freud se lanza de lleno en pos de los molinos de viento de la mente, parafraseando una canción de Dusty Springfield, de 1969 (*The Windmills of your Mind*), los cuales le responden con la misma “furia” que las aspas que lanzan al Quijote por los suelos y lo dejan tan maltrecho. Esa “furia” con que Cervantes adjetiva la respuesta de los molinos no deja de sugerir un cierto grado de identificación con los desvaríos de su inolvidable personaje.

En su biografía de Freud, Peter Gay relata que, varios años antes del episodio arriba narrado, Freud ya se había interesado por la obra de Cervantes. En 1872, cuando tenía

dieciséis años, viaja a Friburgo. Uno de sus compañeros de viaje era su mejor amigo de entonces, Eduard Silberstein. Los dos adolescentes fundan la “Academia Castellana”, de la cual fueron los únicos miembros. Basándose en la duodécima de las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, *El coloquio de los perros*, Freud se hace llamar Cipión y Silberstein, Berganza. “Queridísimo Berganza”, le escribe, contándole su primera historia de amor. Luego agrega, en un castellano rudimentario pero anunciador del aprendizaje solitario que vendrá después: “no mano otra toque esta carta”.

El coloquio de los perros es un relato insertado en otro, titulado *El casamiento engañoso* (ya se encontraba esta superposición de planos que asemeja tanto a ciertos aspectos de la futura teoría psicoanalítica). El soldado Campuzano le cuenta a un amigo que, mientras se encontraba recuperándose de sífilis en un hospital, escuchó el diálogo entre dos perros, llamados Cipión y Berganza, echados al pie de su cama. La conversación duró toda la noche, mientras los canes pensaban que Campuzano dormía. La problemática distinción entre fantasía y realidad, que recorrerá la obra toda de Freud, ya se encuentra presente en este relato, en donde Cervantes difumina, con su proverbial naturalidad, esas fronteras (¿sueña Campuzano?). A medida que se desarrolla la historia, anotan Grinberg y Rodríguez, el tema de la fantasía y su capacidad para usurpar la realidad va apareciendo en diversas formas. Así, por ejemplo, cuando la bruja Cañizares describe su

participación en un aquelarre, lo hace con estas palabras:

“Hay opinión que no vamos a estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido. Otros dicen que no, sino que vamos en cuerpo y en ánima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una u otra manera, porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente.”

Es decir que en la intervención de la bruja, quien les revela a Cipión y Berganza que ellos eran niños que habían sido transformados en perros por envidia, podemos encontrar una serie de elementos que más tarde serán desarrollados extensamente en el *Quijote* y Freud retomará en su propia teorización. El más saltante, a mi manera de ver, es el de la realidad psíquica. Esta es una noción clave, que Freud va a trabajar a partir de su abandono de la teoría de la seducción. En el momento en que Freud comprende que la seducción de la que las histéricas decían haber sido víctimas *no tenía que haber ocurrido en el mundo externo*, comienza a darle toda su vigencia a la fuerza del mundo interno. A esa escena con sus fantasmas, energía y conexiones inconscientes, de donde se van a desprender múltiples consecuencias para la vida de las personas, Freud la llamó realidad psíquica. Es un lugar de encuentros e intercambios entre mundos caracterizados por lo que el psicoanalista francés André Green entenderá, mucho tiempo después, como una radical heterogeneidad (más adelante volveremos a recurrir al pensamiento de este analista, para situar mejor la relación entre el psicoanálisis y la obra literaria).

Pues bien, tanto en *El coloquio*, como especialmente en el *Quijote*, Cervantes nos proporciona una enorme variedad de situaciones en donde las fronteras entre realidad y fantasía se difuminan y confunden, yendo de un registro al otro con una maestría tal que Freud, cuya obra está

marcada por ese mismo signo, no podía sino admirar y acaso envidiar. Al punto que destinó, pues, gran cantidad de horas que sustrajo a la medicina, al estudio del idioma y a la lectura del clásico del siglo XVII. Pero después pareció olvidarlo.

II

Lo que Cervantes llama, ya en el *Quijote*, “la razón de la sinrazón”, tiene que haber impactado profundamente a Freud, puesto que esto estaba en la misma línea de sus quehaceres futuros. ¿Cuál es la lógica que subyace al delirio? Esto es lo que, ya en el siglo XX, el psicoanalista chileno Matte Blanco denominará silogismos afectivos o biológicos. Se trata de una lógica alternativa, que no discurre en función de los patrones racionales sino en términos de aquello que Pascal llamaba las razones del corazón, aquellas que la razón no entiende. Esto constituye, afirma Pietro Bria, un analista italiano, un auténtico desafío a la lógica aristotélica. El cual puede llegar incluso a determinar una *folie a deux*, un malentendido compartido, como a veces se establece, de manera deliciosa, entre el Quijote y Sancho, cuando este último tolera sus extravíos a condición que le otorgue su insula, tal como Amadís de Gaula había hecho con su escudero, al tiempo que lo nombraba conde.

En otras palabras, Freud debe haber hallado en la lectura del *Quijote*, en esa razón de la sinrazón, nada menos que la semilla de su descubrimiento más trascendental: el del inconsciente. No deja de ser significativo, sin embargo, que el padre del psicoanálisis, en cuya obra el arte y la literatura en particular fueran una presencia constante, no haya emprendido posteriormente un trabajo en torno al *Quijote*. Jean Starobinski nos llama la atención sobre el hecho de que en Freud existe un doble enraizamiento en la psiquiatría y la biología, de una parte, y en la literatura, por otra, insertándose de esa manera en una tradición cultural, de la cual se sirve. Pero así como el Edipo de Sófocles, Shakespeare o Goethe, tal como Leonardo y Miguel Ángel en la plástica, fueron unas fuentes inestimables para la construcción de su edificio conceptual, ¿qué pasó con el *Quijote* y la “Academia Castellana”?

A priori, la obra de Cervantes parecía ideal para servirle de apoyo en el descubrimiento del inconsciente. De hecho, la narración del *Quijote*, con la presencia de ese Otro dentro del texto, que es Cide Hamete Benengueli, junto con la razón de la sinrazón y esas fronteras ambiguas entre fantasía y realidad, así como los delirios quijotescos y el interminable diálogo con Sancho (que Salvador de Madariaga consideraba el más extraordinario en la historia de la literatura), guardan una multitud de



Ilustración de Paul Rerst para Don Quijote. Exposición Internacional de Surrealismo. París, 1938.

inquietantes correspondencias con la teoría psicoanalítica que Freud se dedicaría toda su vida a construir. Incluso la relación entre Cipión y Berganza prefigura la relación analista-paciente, la asociación libre del analizado y la escucha parejamente flotante del analista. No en balde Freud elige a Cipión, el perro que escucha y comenta. Pero el *Quijote* ya no aparece más.

La única traza de su presencia será indirecta. Tanto en el análisis de los delirios paranoicos del presidente Schreber, de 1911, como en el del presidente Wilson, escrito en 1932 junto con William Bullit y publicado post mortem, en 1967, nos topamos con la lejana huella de la aventura quijotesca. En realidad este último trabajo, injustamente dejado de lado en la obra freudiana, tal como lo observa la historiadora psicoanalítica Elisabeth Roudinesco, es algo así como el segundo tomo del análisis del caso Schreber. El presidente Wilson padece una enfermedad que hace de él un soberano demente y pasa de creerse el hijo de Dios a crear una nueva religión de la que él es el Dios. Para ello no halla mejor camino que el de convertirse en un jefe de Estado. Y esto es precisamente lo que Freud no le perdona, puesto que, según él lo entiende, debido a la locura de Wilson se firma el tratado de Versalles. Para los efectos de nuestro texto, lo relevante es el tratamiento que Freud da a Wilson, que la Roudinesco comenta en estas palabras, en su

primer tomo de la *Historia del psicoanálisis en Francia*:

“Para describir a ese Don Quijote americano, Freud adopta la pluma de Cervantes. Observa a su héroe con una compasión y un humor en donde la violencia y el odio no están ausentes.”

Y más adelante: “Don Quijote en el poder es un poco el equivalente remedado de Aníbal vencido o de Moisés asesinado. Wilson es el anverso ridículo del auténtico gran hombre.”

Así, por medio de un texto algo olvidado de Freud, nos damos con lo que acaso constituya un olvido inconsciente del creador del psicoanálisis. Wilson es ese antihéroe que contrasta con las identificaciones grandiosas con los conquistadores, tales como Napoleón o el propio Aníbal, que acompañarán a Freud durante toda su vida. En *Don Quijote*, Freud debe haber encontrado algo más que la semilla de su obra. A lo largo de sus páginas se desplegaba, por medio de una creatividad desopilante que los lectores de todas las épocas y culturas reconocen y aprecian por igual, una perspicacia deslumbrante para exponer la estructura y el funcionamiento del aparato anímico, solo que de una manera entretenida y a la vez fascinante. En realidad, más que analizar al Quijote, lo que parece haberle ocurrido es que el Quijote lo analizó a él, como lo hace con todos nosotros. También por eso nos

resultan, él y su inseparable escudero, tan entrañables y reales, más reales que mucha gente de carne y hueso, más reales que muchos dioses.

III

En un ensayo titulado *La Déliaison* (La desligazón), en donde aborda las relaciones entre creatividad literaria y psicoanálisis, André Green precisa la naturaleza de esas relaciones con estas palabras: “El analista es el analizado del texto”. Lo que el texto me revela, en primer lugar, es mi propio inconsciente. Esto puede o no estar en resonancia con el inconsciente del autor. Así, en el capítulo 50 de la primera parte del *Quijote*, en el descenso del caballero al lago, hay quienes creen encontrar una metáfora fálica de estirpe masculina, como Carroll Jonson, y quienes por el contrario ven una fantasía del amamantamiento materno y una imagen de la vagina, tal como Ruth El Saffar (ambos autores están compilados en un volumen titulado *Quixotic Desire*, prologado por Max Hernández).

Estas interpretaciones podrían estar pues en sintonía con el trabajo psíquico de Cervantes, pero lo cierto es que nos hablan más del inconsciente de los intérpretes. Por eso Green entiende a la obra de arte como un producto transnarcisístico: el narcisismo del autor que se dirige al narcisismo del lector. El analista, precisa Green, en un volumen de entrevistas reciente (*La Lettre et la Mort*), “sufre los efectos del texto”.

¿Cuáles fueron en definitiva los efectos que el gran texto cervantino causó al joven Freud? Todo indica que fueron abrumadores. A la vez de un poder revelador fascinante y, probablemente, también intimidante. Al punto que, tras ese periodo iniciático de 1883, en donde Freud se deja llevar por el *Quijote* hasta las más recónditas profundidades de la realización alucinatoria de deseos, parece abandonarlo. En realidad estaba recluso en lo más íntimo de su inconsciente y solo reaparecerá, pues, a través de una obra que será paradójicamente dejada de lado por la posteridad: ese análisis del presidente Wilson que Elisabeth Roudinesco considera, no obstante, como una de las obras mayores de Freud, en donde habla de la política y el gobierno a la manera de *El príncipe* de Machiavello.

En las postrimerías de su vida —la última discusión del texto con Bullit tuvo lugar en 1938, ya exiliado en Londres y un año antes de su muerte— Freud se reencontra, acaso sin acabar de notarlo, con ese ingenioso hidalgo que le reveló, *avant la lettre*, cuando su ambicioso, quijotesco proyecto se encontraba todavía en germen, la estructura y el funcionamiento de su principal descubrimiento. Nada mal para los “concertados disparates”, como dice el canónigo en el citado capítulo 50, del caballero de la triste figura. ■